

Del viejo orden neoliberal al caos sistémico

JAIME PASTOR

Si tenemos que hacer un sucinto balance del prolongado periodo que ha transcurrido desde finales de los años setenta del pasado siglo al actual momento en que nos encontramos, no es difícil compartir la conclusión de que durante el mismo se ha producido una nueva gran aceleración de unas tendencias que vienen de lejos y que el capitalismo global ha llevado a tal extremo que están provocando la destrucción de todo lo que forma parte de la trama de la vida en este planeta, como ha argumentado Jason W. Moore.¹

No me corresponde en este artículo abordar las razones de esa conclusión, pero sí partir de que esa gran aceleración bajo el neoliberalismo ha intensificado una sucesión de catástrofes de todo tipo que, si no aprendemos de ellas en estos tiempos de descuento, nos pueden conducir a la catástrofe global.² Una vez establecido ese marco de referencia, comenzaré con un recordatorio de lo que caracterizó el ascenso del neoliberalismo en sus distintas fases para entrar luego en el cambio de fase actual, analizando los cambios y la transición geopolítica en marcha, el ascenso de los autoritarismos reaccionarios y la reubicación de la Unión Europea (UE) en un contexto caracterizado por la inestabilidad, la incertidumbre y el miedo al futuro.

Recordemos que el neoliberalismo aparece después de la Segunda Guerra Mundial como un «proyecto constructivista para reinventar el liberalismo, deslegitimar el “colectivismo” y despolitizar el gobierno del mercado»,³ dispuesto a hacer frente

¹ Jason W. Moore desarrolla ese argumento en *El capitalismo en la trama de la vida*, Traficantes de sueños, Madrid, 2020.

² Nos referimos fundamentalmente a catástrofes climáticas, alimentarias, sanitarias, ecosociales en general, pero también a las provocadas por las guerras, o a las de nuevo tipo que está ya desencadenando la «gubernamentalidad informática» (Etienne Balibar, «Sur la catastrophe informatique : une fin de l'historicité?», *Les Temps qui restent*, 1, Primavera (abril-junio), 2024. <https://lestempsquirestent.org/fr/numeros/numero-1/sur-la-catastrophe-informatique-une-fin-de-l-historicite>. OUAJ

³ William Callison y Zachary Manfredi, «Teorizar el neoliberalismo mutante», en W. Callison y Z. Manfredi (ed.), *Neoliberalismo mutante*, Lengua de trapo, Madrid, 2023, p. 20.

a un «espíritu del 45» que condujo, al menos en una parte del mundo, a un pacto interclasista que, en un contexto internacional de competencia con el bloque hegemónico por la URSS y de auge de las luchas anticoloniales, permitió la construcción de Estados de bienestar. Estos, pese a su carácter patriarcal, neocolonial y fosilista, llevaron a la conquista de nuevos derechos –cíviles, políticos y sociales– que contribuyeron a generar un horizonte de expectativas de mejora entre amplios sectores de las clases populares.

Así fue como durante los denominados «treinta gloriosos» el capitalismo keynesiano-fordista parecía gozar de buena salud hasta que llegó la crisis de sobreacumulación de inicios de los años setenta. Es a partir de entonces cuando el neoliberalismo emprende su carrera ascendente convirtiéndose en el nuevo modo de gestión del capitalismo –reflejado en las directrices primero de la Comisión Trilateral en 1975 y, luego, del denominado Consenso de Washington en 1989–, extendiéndose a escala global tras la caída del bloque soviético. Se fue conformando así un nuevo *sentido común* a través de diferentes fases que podemos clasificar, siguiendo a Davies,⁴ como combativa (de 1979 a 1989), normativa (de 1989 a 2008) y punitiva (de 2008 a 2020).

Es a lo largo de las dos primeras fases como se van estableciendo los pilares de esa onda larga, basada en «un Derecho Corporativo Global frente al Derecho Internacional de los Derechos Humanos y al Derecho Internacional del Trabajo, conformando así una nueva Constitución material transnacional que va condicionando la legislación estatal, principalmente en los estados periféricos».⁵ Se legitimaba así un cambio radical en la relación de fuerzas entre las clases y parecía imponerse el discurso TINA (There Is No Alternative), popularizado por Margaret Thatcher.

Del auge a la crisis de la «globalización feliz»: 2008, punto de inflexión

Con todo, ese triunfalismo de las elites transnacionales chocaría con la Gran Recesión de 2008 mediante el estallido de la burbuja inmobiliaria, la cual provoca una crisis financiera de carácter sistémico que tendrá sus consecuencias en el

⁴ William Davies, «Neoliberalismo 3.0», *New Left Review*, 101, pp. 129-143.

⁵ Jaime Pastor, «La deriva oligárquica del constitucionalismo occidental y su viejo topo», *Papeles*, 122, p. 28, 2013.

plano geopolítico y tecnológico y que, en el caso europeo, se expresará sobre todo como una crisis de la deuda y del euro, como veremos más adelante.

Se iniciaba así la fase punitiva mediante un nuevo giro de timón hacia políticas *austeritarias* y depredadoras de recursos que, siguiendo la estela de las *terapias de choque* aplicadas en el pasado en otras regiones del mundo, se aplicarán también en el centro de la economía-mundo. Políticas que provocarán un nuevo ciclo de protestas masivas en distintos lugares del planeta a partir de 2011 y que se verán traducidas en el terreno político-institucional mediante el ascenso de populismos de izquierda y de nuevos progresismos que, sin embargo, no llegarán a conducir a una ruptura con el neoliberalismo. Se produciría así una frustración de expectativas, que tendría una de sus principales manifestaciones en Grecia tras el impacto que tuvo el golpe financiero contra la voluntad democrática expresada en un referéndum de rechazar el Memorándum de la *troika* (Fondo Monetario Internacional, Banco Central Europeo y Comisión Europea) en 2015.

Con la crisis de 2008 se inició la fase punitiva mediante un nuevo giro de timón hacia políticas austeritarias y depredadoras de recursos

Luego, la crisis pandémica de la COVID-19 en 2020 marcó otro hito en la progresiva agonía de la «globalización feliz», ya que contribuyó a poner en cuestión la dependencia de muchos países de la cadena global de suministros, así como el papel de las grandes farmacéuticas transnacionales, con sus efectos ante la inseguridad sanitaria creada, con diferentes reacciones por parte de las potencias occidentales, por un lado, y de China, por otro, en relación con los países del Sur.⁶

Más tarde, la injusta invasión de Ucrania por Rusia el 22 de febrero de 2022, además de suponer una violación del Derecho Internacional contra el pueblo ucranio, se desarrollaba también en el marco de un conflicto inter-imperialista con EEUU y la UE, respondiendo a sus intereses geopolíticos respectivos. El contraste del apoyo occidental a Zelenski con la actitud mantenida por esas grandes potencias ante tantos conflictos y guerras sufridas en el Sur de los que han sido corresponsables ayuda a entender por qué la mayoría de los gobiernos de países del Sur se han resistido a alinearse con Occidente en esta ocasión, a lo que se suman ade-

⁶ Me remito al análisis de las consecuencias de esa crisis en: Jaime Pastor, «El (im)posible retorno del Estado al primer plano ante una catástrofe global», *Geopolítica(s)*, pp. 165-172, 2020. DOI: <https://doi.org/10.5209/geop.69300>

más los efectos negativos –como la crisis alimentaria y energética– que sigue teniendo la prolongación de ese conflicto.

Ese doble rasero moral quedó puesto de manifiesto con ocasión de la guerra de exterminio iniciada por el gobierno de Netanyahu en Gaza tras el atentado mortal del 7 de octubre de 2023 cometido por Hamás. El apoyo incondicional de EEUU y, aunque con algunas diferencias, de la UE, a lo que desde instancias internacionales vinculadas a la ONU o al Tribunal Internacional de Justicia se califica justamente de genocidio está cuestionando abiertamente la interesada y falsa oposición entre «democracia» y «totalitarismo» con la que esas grandes potencias tratan de justificar su confrontación con Rusia o Irán.

Todos estos conflictos no han hecho más que contribuir a profundizar una crisis ecológica, climática y de materiales cada vez más grave, la cual, a su vez, se ha ido articulando con otras crisis que se han ido manifestando en distintas esferas: social, de cuidados, sanitaria, democrática o geopolítica, caracterizada esta última por el declive imperial de EEUU y el ascenso de China.

Todo este conjunto de crisis se ha ido desarrollando bajo un capitalismo financiarizado, digital, extractivista y rentista que, sin embargo, no ha logrado superar la tendencia a un estancamiento secular, más acentuada a partir de la Gran Recesión de 2008. Por eso, a medida que se intensifica un juego de suma cero por el reparto de beneficios a escala global, asistimos en general, pero especialmente en Occidente, a una intervención más activa de los estados compitiendo entre todos ellos a favor de determinadas fracciones del capital –nacional y/o transnacional–.

En efecto, como se ha recordado antes, ese proceso de globalización fue promovido por iniciativa de EEUU, bajo el impulso de la fracción capitalista transnacional de ese país ante la crisis de rentabilidad que atravesaba y tratando de disciplinar a la clase trabajadora.⁷ Pero su propio desarrollo ha ido produciendo cambios importantes en la geoeconomía y la geopolítica global tras la inserción de China (que, a su vez, buscaba una salida a su propia crisis de sobreproducción desde los años ochenta y se convertiría en la década siguiente en «la tierra prometida del capital transnacional»)⁸ y, luego, de Rusia y sus ex satélites tras su hundimiento sistémico

⁷ Benjamin Bürbaumer, *Chine-États Unis, le capitalisme contre la mondialisation*, La Découverte, París, p. 27-41, 2024.

⁸ Bürbaumer, *op. cit.*, pp. 67-88.

en los años noventa (tras sufrir una terapia de choque neoliberal), en la organización de la producción y en la cadena global de valor que se fue estableciendo.

La redistribución de tareas a escala global se basa en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, la destrucción ecológica, la depredación colonial y el trabajo no pagado –principalmente, hecho por mujeres– de reproducción social. Una dinámica que se ha desarrollado en beneficio de las grandes empresas transnacionales occidentales, pero que, paradójicamente, gracias a los procesos de deslocalización de la producción que a su vez provocaron la desindustrialización en EEUU y otros países del Norte, ha acabado conduciendo al desplazamiento del centro de la economía mundial a Asia-Pacífico y, sobre todo, a convertir China en la segunda gran potencia a escala global.

Todos estos cambios han ido poniendo en cuestión el mundo unipolar bajo hegemonía estadounidense y han agravado las tensiones entre un imperialismo en declive –el estadounidense– y otro en ascenso –China–, así como su relación con otros secundarios, como Alemania, Francia y Gran Bretaña, pero también Rusia, Turquía, Japón, India, Brasil, Israel, Irán o Arabia Saudí. Todos ellos buscan nuevas «soluciones espacio-temporales»⁹ en su lucha por el control de recursos escasos e infraestructuras en un marco multilateral y asimétrico –ya que no debemos olvidar que EEUU sigue siendo la gran superpotencia militar (que incluyen alrededor de 800 bases militares distribuidas por todo el planeta) y cuenta con el privilegio del dólar como divisa de referencia–, pero que a su vez sigue caracterizándose por una interdependencia que solo parcialmente se podrá limitar. Se intensifica así la competencia interimperialista, como estamos viendo actualmente en el plano tecnológico (especialmente en torno a la revolución de la inteligencia artificial), pero también en el comercial y en el militar.

Estas tensiones y conflictos van acompañados de la crisis y descomposición de las economías y regímenes en muchos países periféricos y no dejan de profundizarse (57 de ellos con moratoria de la deuda), así como de guerras relacionadas con invasiones, conflictos civiles e interestatales a las que no son ajenas las distintas potencias imperialistas.

Así, en un escenario en el que vuelve a predominar la ley de la fuerza en las relaciones entre los estados y el Derecho Internacional (incluido el humanitario) se ve

⁹ David Harvey, *El nuevo imperialismo*, Akal, 2004, pp. 97-103.

violado o ignorado, no puede sorprender que hayamos entrado en una nueva fase de la carrera de armamentos a escala global, incluidas las armas nucleares. Tampoco que las diferentes grandes potencias aspiren a ampliar su *espacio vital*, como ocurre con EEUU en relación con Groenlandia, el Canal de Panamá o Canadá, Rusia con Ucrania y su «extranjero cercano», o China con Taiwan y las Nuevas Rutas de la Seda. En torno a ellos, así como en la lucha en general por el control de estrechos, canales, océanos, mares, islas, puertos y *tierras raras*, se está emprendiendo una nueva fase de acumulación por desposesión de recursos y bienes comunes por un imperialismo capitalista que se caracteriza por

la fusión contradictoria de «la política estado-imperial» (el imperialismo como proyecto político específico, propio de agentes cuyo poder se basa en el control sobre un territorio y la capacidad de movilizar sus recursos humanos y naturales con finalidades políticas, económicas y militares) con «los procesos moleculares de acumulación de capital en el espacio y en el tiempo» (el imperialismo como proceso político-económico difuso en el que lo primordial es el control sobre el capital y su uso).¹⁰

En ese marco hay que entender la guerra comercial abierta desde EEUU como respuesta a su declive imperial mediante el retorno a un neomercantilismo que, como dice su eslogan MAGA, le permita volver a hacer grande “América”, o sea, EEUU. Un objetivo que se ve sometido ya a fuertes contradicciones y que genera inseguridad e incertidumbre en su país y en el mercado financiero global, pero que responde sin duda, como ya se ha señalado, a la necesidad de mantener su condición de superpotencia.

Un propósito que se manifiesta principalmente a través de una estrategia coercitiva, incluso con sus viejos socios europeos, que tiende a dejar de lado el *soft power*, o poder blando, como hemos visto también con la disolución de la USAID. Una orientación, en fin, que, de continuar por ese camino, podría conducirle a transitar de una posición hegemónica a otra de mero dominio sobre viejos aliados que, según Trump, deberían convertirse en «vasallos», para concentrarse en la confrontación abierta con su principal rival estratégico, China.¹¹

Esta última, en cambio, conoce una evolución que la ha ido convirtiendo en el primer país exportador y el segundo importador del mundo, dispuesto a disputar el control

¹⁰ David Harvey, *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid, p. 39, 2004.

¹¹ La OTAN, tras su cumbre de finales de junio de 2025, en la que se asume el aumento en un 5% del presupuesto militar (con la salvedad española), viene a confirmar esa subordinación de Europa a las exigencias de Trump. Véase: Jaime Pastor, «Un salto adelante en la militarización, bajo las órdenes del trumpismo», *Viento sur*, 28 de junio de 2025. <https://vientosur.info/un-salto-adelante-en-la-militarizacion-bajo-las-ordenes-del-trumpismo/>

de las rutas comerciales a EEUU, así como a ganar la batalla tecnológica, como teme la tecno oligarquía de Silicon Valley, y es el tercer tenedor extranjero de deuda estadounidense. Se trata de una formación económico-social inserta en el mercado capitalista mundial, con un régimen basado en un Estado-partido que ha procedido a un proceso de liberalización creciente ante el capital transnacional, pero mantiene el control de sectores estratégicos de la economía y una disciplina férrea sobre la clase trabajadora. Paralelamente, desarrolla una política exterior basada principalmente en el *soft power* en relación con los países del Sur a la vez que impulsa, al igual que EEUU, la militarización del Indo-Pacífico y, sobre todo, el mar de China meridional en su conflicto en torno a Taiwan.¹² Un ascenso, sin embargo, incompleto frente a la abrumadora superioridad militar estadounidense y, pese a sus relativos avances recientes en el marco de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), ante lo lejos que todavía está la internacionalización del renminbi.

Hacia autoritarismos competitivos y reaccionarios a escala global

Esta transición geopolítica, como ya se apuntaba desde la escuela de análisis del sistema-mundo y luego David Harvey,¹³ se anuncia caótica, ya que se está desarrollando además sin reglas internacionales mínimas de respeto a derechos humanos elementales, como demuestra el genocidio de Gaza. A esto se suma un contexto político-ideológico en el que, como ya he subrayado antes, el neoliberalismo está mutando de nuevo. Refuerza ahora sus rasgos autoritarios e incluso se ve reemplazado, en sus versiones más extremas, por un libertarianismo que tiene sus principales expresiones en Trump en EEUU y Milei en Argentina.

Esta transición geopolítica se anuncia caótica, ya que se está desarrollando sin reglas internacionales mínimas de respeto a derechos humanos elementales

Asistimos así al ascenso de una extrema derecha que adopta rasgos específicos en función de las particularidades de cada país, pero que comparte objetivos comunes: acabar con muchas de las conquistas democráticas, sociales y culturales

¹² Búrbaumer, *op. cit.*, pp. 271-278; Borja Macías, «La disputa de la soberanía en el Indo-Pacífico: el impacto de las relaciones conflictuales entre Estados Unidos y China en el statu quo de Taiwan», *Relaciones Internacionales*, 57, pp. 229-246.

¹³ «La transición a una nueva estructura hegemónica en el capitalismo global coloca a Estados Unidos ante la disyuntiva de gestionar la transición de manera pacífica o bien a través de la catástrofe. La actual posición de las élites gobernantes estadounidenses apunta más en esta última dirección», David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, p. 207, 2007.

alcanzadas durante las décadas pasadas mediante la puesta en pie de regímenes autocráticos¹⁴ o abiertamente neofascistas que estén al servicio de etnonacionalismos reaccionarios, dispuestos a preservar sus respectivos islotes de un bienestar que temen menguante. En torno a ellos se han ido conformando bloques interclasistas en los que se reconocen determinadas fracciones del capital fósil y tecnológico y sectores de clase media y trabajadora que se sienten «perdedores de la globalización», frente a sus enemigos internos (inmigrantes, feminismos, ecologismos, disidencias, pero también el «progresismo» en general) y externos (China, en el caso de EEUU). Es sin duda Trump la figura de referencia de una extrema derecha occidental que, además de apoyar el genocidio del Estado de Israel en Gaza, tiende a confluir con la que representa Putin en el espacio euroasiático en torno a la defensa de los «valores tradicionales», principalmente relacionados con la familia heteropatriarcal, el conservadurismo religioso y el supremacismo racista.

Otra característica relevante de este nuevo periodo es la tendencia a la dilución de las fronteras ideológicas entre la vieja derecha neoliberal y la extrema derecha en cuestiones centrales relacionadas con las políticas migratorias, securitarias y punitivas que comparten. Tendencias que alcanzan también a gobiernos progresistas o socioliberales que se han ido adaptando a la agenda de la extrema derecha en esas y otras materias, como estamos viendo en Europa, especialmente en relación con la política migratoria.

Este conjunto de tendencias se ha basado en una estrategia continuada de debilitamiento del poder estructural, asociativo y social de la clase trabajadora a escala

No podemos ignorar las resistencias al ascenso de la extrema derecha que se están desarrollando en muchas partes del mundo

global, así como de integración en el sistema de viejas y nuevas organizaciones y corrientes que han aspirado a representarla en el ámbito social, político e institucional, sobre todo después del agotamiento del ciclo progresista abierto en 2011. Con todo, no podemos ignorar las resistencias al ascenso de la extrema derecha que se están de-

sarrollando en muchas partes del mundo, así como el protagonismo que el movimiento feminista ha conquistado a escala transnacional, junto a las luchas en

¹⁴ Ruth Ferrero, «Democracias en crisis en un mundo en cambio», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 169, pp. 51-60, Primavera, 2025. Otro término sugerido por el Center of Systemic Peace es el de *anocracia* para referirse a regímenes que se encontrarían en una fase intermedia entre uno liberal y otro autocrático, como podría ser ahora el caso de EEUU.



defensa de bienes públicos y comunes, contra la sobreexplotación y contra las distintas formas de dominación en distintos lugares de un planeta cada vez más inhóspito.

La Unión Europea, de motor de la globalización a una creciente pérdida de centralidad

La Unión Europea (UE) ha sido, sobre todo desde el Acta Única Europea de 1986, uno de los principales motores de la globalización neoliberal en nombre de un «nuevo europeísmo» que, como reconoció uno de sus principales impulsores intelectuales, Jean Pisani-Ferry, en 2005, «ha sido nuestro programa de ajuste estructural». Un proyecto asociado al Consenso de Washington que permitiría ir modificando la relación de fuerzas entre las clases en un sentido inverso al que se vio reflejado en el «espíritu del 45».

Ese «nuevo europeísmo» fue dando pasos adelante, con el Tratado de Maastricht y la adopción del euro como moneda común, pese al déficit de legitimidad democrática que sufre, sobre todo tras el fiasco del proyecto de Constitución europea en los referendos en Francia y Holanda en 2005. Con todo, fue la Gran Recesión de 2008 la que reveló sus divisiones entre centro y periferias, simbólicamente representada por el golpe financiero contra el pueblo griego en 2015, paralelamente a su retraso en la carrera tecnológica, a su mayor dependencia energética y a su subalternidad respecto a EEUU en el plano geopolítico dentro del marco de la OTAN.

La UE afronta además esta nueva fase como un bloque heterogéneo –con una Alemania en declive manifiesto y una extrema derecha en ascenso en la mayoría de sus países– que ahora ve cuestionada desde la llegada de Trump la alianza privilegiada que ha mantenido con EEUU, especialmente en el plano comercial y militar. Por eso, se ve obligada a buscar una «autonomía estratégica», como propone el Informe Draghi, en el plano tecnológico e industrial –privilegiando en este campo el ámbito militar–, sin por ello dejar de aspirar a una recomposición de sus relaciones con EEUU. Un proyecto que se desarrollará a expensas de la prometida transición *verde* y de un incremento del gasto social para desarrollar unos servicios públicos a la altura de las necesidades de una población cada vez más multicultural y diversa.

El *Libro Blanco de la Defensa* de la UE define con relativa claridad los desafíos a los que se esforzará en responder en este nuevo periodo: 1. La competencia estratégica, desde el Ártico hasta el Báltico, pasando por Oriente Medio y el Norte de África; 2. Los desafíos transnacionales (cambio tecnológico, migraciones, cambio climático); 3. El papel de los estados autoritarios, como China, que buscan cada vez más afirmar su autoridad y control en nuestra economía y sociedad; 4. Los aliados y socios tradicionales, como EEUU, también están cambiando su relación con Europa a otras regiones del mundo.¹⁵

Vemos, por tanto, que el objetivo declarado en este documento es en realidad querer hacer grande otra vez a Europa, o sea, un MEGA (Make Europe Great Again), con el cual aspira a recuperar el papel de gran potencia en un mundo en el que las reglas del Derecho Internacional y la autoridad de la ONU han saltado por los aires.

Para ello, la prioridad está dedicada al gasto militar utilizando la coartada del apoyo a Ucrania y en nombre de la lucha contra la «amenaza existencial» que para Europa supondría la Rusia de Putin. A este propósito está destinado un presupuesto de 800 000 millones de euros, de los cuales 150 000 se obtendrían en el mercado de capitales, pudiendo saltarse para ello el freno fiscal que supone el Pacto de Estabilidad y Crecimiento. Una cláusula que, por el contrario, no se cuestionó con ocasión de la Gran Recesión de 2008 y las políticas austeritarias que se impusieron en los países del Sur de Europa.

Europa aspira a un MEGA (Make Europe Great Again), con el cual recuperar el papel de gran potencia en el mundo

Este proyecto se plantea además en el marco de una OTAN que se ha ido ampliando desde la invasión rusa de Ucrania, cediendo así a las exigencias de Trump de una redistribución de tareas con la UE que permita a la gran potencia estadounidense concentrar sus esfuerzos en el área del Indo-Pacífico en su competencia geopolítica y geoeconómica con China.

Empero, la retórica que acompaña a esa nueva etapa de militarización de Europa, en nombre de la defensa de los «valores occidentales» –presuntamente basados

¹⁵ Jesús Jaén, «¿A dónde va Europa? Acerca del rearme y la defensa», *Viento sur*, 24 de abril de 2025. <https://vientosur.info/a-donde-va-europa-acerca-del-rearme-y-la-defensa/>

en la democracia liberal y en los derechos humanos–, está perdiendo credibilidad ante amplias capas de la población europea. No faltan razones para ello si nos referimos tanto a su complicidad con el genocidio que está cometiendo el Estado israelí en Palestina como a su adaptación creciente en el interior de la UE a la agenda que marca una extrema derecha en ascenso.

Tampoco parece creíble la tesis de que Rusia constituya una «amenaza existencial» para la UE cuando ni siquiera Putin ha conseguido cumplir con su objetivo de conquistar Ucrania después de más de tres años de la invasión. Una guerra de agresión que, aunque en su estallido tuviera una parte de responsabilidad la estrategia expansionista de la OTAN, es sin duda injusta y, por tanto, es legítimo reconocer el derecho del pueblo ucranio a resistir, pero a la vez evitar que se transforme en una guerra directamente interimperialista con los riesgos de escalada nuclear que generaría.

Jaime Pastor es profesor de ciencia política jubilado y miembro de la redacción de la revista *Viento sur*.

